



Cada día estamos más convencidos de que no agotamos el conocimiento de la realidad, toda vez que ésta puede ser considerada desde diferentes perspectivas y contextos que dan lugar a diversas hermenéuticas. Esta constatación se hace más patente si el objeto de estudio tiene que ver con el ámbito de la revelación y de la fe, donde el misterio del hombre reconoce su amplitud y profundidad por hallarse sumergido en el misterio de Dios. Este es el caso del Concilio Vaticano II, *kairós* que permitió reconocer y purificar la realidad teándrica que configura la identidad de nuestra comunidad creyente.

Aunque celebramos un evento de hace cincuenta años -cuando la gran mayoría de sus protagonistas ya gozan de la contemplación de las realidades a las cuales nosotros apenas nos aproximamos entre luces y sombras- y aunque una manera de celebrar es volver a la riqueza de los documentos que han estado iluminando la vida y la misión de la Iglesia, sabemos que no sólo reconocemos el paso de Dios en la comunidad de entonces, sino que lo nuestro es una verdadera “anamnesis”: memoria que se actualiza, espíritu que se renueva, iluminación que se devela y amplifica.

Los tres primeros aportes del presente número -*Vaticano II: Concilio Moderno y Posconcilio Posmoderno; Vaticano II, herencia y desafíos; A pastoralidade do Concílio, possível hermenêutica*- nos brindan la oportunidad de evocar diversos aspectos del Concilio, sobre todo la irrupción de una renovada teología; nos ofrecen elementos para reconocer y valorar el antropocentrismo de la época, la legítima autonomía de las realidades temporales, el desafío del diálogo con todos y el compromiso pastoral que asumió la Iglesia; nos ofrecen elementos para un repaso analítico de algunos ejes teológico-pastorales que atraviesan sus principales documentos y; finalmente, nos introducen en el significado que el Posconcilio puede tener para la humanidad actual.

Cada uno de estos tres artículos, desde su propia perspectiva y con su propio estilo, ratifican todo lo positivo de la modernidad y el impacto del Concilio en su momento; llaman a una postura crítica para que fluya la gracia del evento cuyo jubileo celebramos; y, por último,



reclaman el derecho a la identidad y a la diferencia en la nueva época que vivimos, reconociendo que el Concilio nos ha dejado una rica herencia y que son muchos los desafíos que deben ser asumidos para que el *aggiornamento* acontezca.

Más allá de consideraciones globales sobre el evento y los documentos del Concilio Vaticano II, los dos últimos artículos nos introducen en específicos aspectos teológicos y pastorales que se iluminan y dinamizan con la luz y la fuerza renovadora del mismo Concilio. *La Eucaristía en la vida y misión de la Iglesia de Medellín a Aparecida. Para que nuestros pueblos en Él tengan vida y Diálogo católico-pentecostal. Ejercicio de la fraternidad cristiana y credibilidad del evangelio.*

La recepción del Concilio está vigente, el cambio de época que vivimos nos exige un atento discernimiento para ir más allá de la letra y recuperar el espíritu del Concilio; nuestro contexto latinoamericano ha sido testigo de serios empeños de recepción en diferentes niveles y aún no se ha dicho la última palabra. Desde una consideración realista del tiempo que vivimos, en la que podemos reconocer las luces y las sombras de la Iglesia, el jubileo por la primera cincuentena del Concilio nos ha de fortalecer para superar la tentación del atrincheramiento y nos ha de impulsar a la apertura crítica y creativa para re-significar nuestro ser y nuestro quehacer, especialmente en este tiempo en el que estamos llamados a vivificar nuestra fe y a relanzar una nueva Evangelización, que en nuestro Continente no puede desconocer la clave de la Misión Permanente.